

## **La Boca, mi barrio**

Aquí nací hace muchísimos años. Nunca supe quién fue mi papá: fue el secreto mejor guardado. Mi mamá nació aquí; mi abuela y mi abuelo — que Dios los tenga en la gloria— fueron de los primeros que vinieron de Génova. No nacieron acá, pero para ellos esta era su tierra, su conquista, su dominio. Como si este barrio fuese una sucursal de sus orígenes o un pedacito de su añorada Italia que nunca más pudieron volver a visitar.

Con una mano atrás y otra adelante vinieron a hacerse la América. Pero mucho antes, La Boca no era lo que es ahora; ni siquiera podía tener la categoría de barrio. Según me enseñaron cuando fui a la escuela, un tal Pedro de Mendoza fundó la primera ciudad de Buenos Aires muy cerca de la desembocadura del Riachuelo. Después de casi cincuenta años —como en todas las cosas de la vida—, siempre hay un vivo que se apropia de los laureles ajenos. Juan de Garay se apareció para fundarla de nuevo, como quien diría la refundó, o tal vez la refundió. Y así quedamos todos refundidos en una Argentina que, a través de los años, trata y trata desesperadamente de salir del pozo ciego. Hasta ese entonces no se llamaba La Boca: era la boca (con minúscula) del Riachuelo. Antes se podía respirar. Ahora no entiendo cómo mi nariz soporta ese olor a bosta, ácido, penetrante, asqueroso. Y de chico ese aroma era normal. Para mí, era el verdadero perfume del aire fresco.

Siguiendo con la historia del barrio, La Boca la llamaron después los tanos que vinieron junto a mis abuelos. Construyeron los conventillos y los pintaron con lo que sobraba de pintura de los astilleros, cuando les tocaba

pintar los barcos. O cuando alguno que había hecho una changa se le cantaba comprar un tacho del color más barato. Entre vecinos se iban pasando los tachos: algunos rojos, otros azules, otros amarillos. Las casas se fueron pintando con esos restos, con lo que iba quedando. Como un mamarracho bello, alegre, pintoresco, con esa personalidad única. Una postal característica de este lugar.

La Boca había sido reconquistada por los vecinos genoveses de principios del siglo veinte, que se plantaron ante las autoridades sin presentar batalla. Era un movimiento separatista de carácter electoral, para reclamar la independencia administrativa del barrio. Un grupo importante de tanos le cantó las cuarenta al concejal de turno y declararon la República Independiente de La Boca. En un emotivo acto izaron la bandera, que no era la azul y amarilla como todos imaginamos. Era celeste y blanca como la argentina, pero con un escudo rojo de la Casa de Saboya: un símbolo italiano que tenía una cruz blanca en el centro y un gorro frigio representando a la república y a la libertad. Pero como era de esperar, la revuelta duró lo que tuvo que durar. Julio A. Roca, que era ministro de Guerra en el gobierno de Nicolás Avellaneda, se apersonó para interceder entre los vecinos y pidió que bajaran de inmediato la bandera, para que la cosa no pasara a mayores.

La Boca es eso: historias viscerales con nostalgia. La Boca es donde estoy ahora, en este mismo instante, mirando nuestra casa frente a la zapatería —que hoy es un kiosco de cigarrillos—. Ese conventillo que emerge entre chapas coloridas del abuelo Cacho y de toda nuestra parentela, que se resiste al paso del tiempo y reniega de la modernidad. El lugar donde nací y donde tengo miles de anécdotas, algunas felices y otras no tanto. Los

recuerdos me vienen y se van como una cinta de película que no me canso de rebobinar.

El Riachuelo no siempre fue lo que es ahora. El hombre lo transforma todo o también, por qué no decirlo, lo destruye todo. La Boca es como ese juego que, según sus improvisadas reglas, gana el que con más colores estridentes pinta su fachada. Aún en estos tiempos, que toda la ciudad se tiñó de gris. La Boca es una boca enorme de un monstruo sin cabeza, una boca gigante que te besa, pero también te come, te eructa y después te escupe. La Boca son adoquines y faroles, es pelotazo y grito de gol, es hinchada azulgrana los domingos y son trabajadores en el puerto de un sórdido Quinquela Martín. La Boca es el primer cuartel de bomberos y la solidaridad a la vuelta de la esquina. La Boca es una marca registrada, como lo es Santorini o tal vez la costa amalfitana, pero sin sus aguas azules cristalinas. Acá las aguas fueron, son y serán marrones. Marrón tierra, marrón de pobre, marrón de la desidia, de lo bajo. Es el marrón del desprecio, el marrón de los últimos orejones del tarro. Ese marrón de la mierda. Sí, ese marrón también es el de La Boca, a pesar de estar en todos los folletos turísticos como un lugar que merece ser visitado al menos una vez en la vida.

Pero La Boca también tiene cielo y tiene alma. Esa alma de tango que pena por la percanta que me amuraste cuando me hice hombre y te lloré como un chico, cuando caí en la cuenta de que lo tuyo no era amor. Pero era tan parecido que me lo creí. Y lo lloré hasta que me quedé sin lágrimas. Y hoy, frente a esta casa, te recuerdo.

Hoy ya no vivo en La Boca. Digamos que progresé. Mamá está en un hogar que, por suerte, puedo pagar. Y me duele en el alma. Mis tíos tampoco viven acá. Yo perdí el vínculo: nunca fuimos una familia muy normal. La

casa fue tomada, y hasta me da vergüenza tocar el timbre para que me dejen pasar y poder revivir cada uno de sus espacios: las piezas, la cocina, el patio donde vivían los perros, los gatos y ese canario que no decía ni pío. Como yo, en este preciso momento, para pasar desapercibido y no ponerme a llorar como ese chico que algún día fui, sin saber quién había sido su papá.